

Carta de Colombia

Mario Rivero, Darío Jaramillo y cuatro veces el futuro

Juan Gustavo Cobo Borda

Mario Rivero (1935) recopiló, en 1995, su obra poética con el título de *Mis asuntos* (1960-1994). Y añadió dos nuevos títulos a su bibliografía: *Del amor y su huella* (1992) y *Los poemas del invierno* (1996). La ambición y el ímpetu han sido sustituidos por una cautelosa distancia. Ya no se desea caer en la tormentosa vorágine de la pasión. Se establece un margen con esos altibajos perturbadores, de fascinación y rechazo. De sumisión y desprecio: «Querida y desquerida, / ahora como entonces, / ¡me he hincado tanto, que deberías haber venido!». Tal como Dostoievski lo expresó en 1864 en sus demoledoras *Memorias del subsuelo*: «Hasta he llegado a pensar alguna vez que el amor consiste en el derecho libremente reconocido por el objeto amado a que lo tiranicen».

Si bien *Los poemas del invierno* propugnan aparentemente la plateada calma del despojo: «Pasó el tiempo de la ebriedad, la furia, / cuando el sol batía sobre su pelo y encendía su miel», el combate con la hermana-ene-miga no ha concluido. La muerte es también una denodada vigilia. El arduo combate con el monstruo que convive a nuestro lado. La resignación no resulta serena sino crispada. El último soplo, el último aliento, antes de yacer protegidos por la ancha señora que todo lo envuelve. O como lo dice mejor el propio Rivero:

Como uno de esos grandes pájaros de los mares,
que regresan de donde acaba el mundo,
cojeando y dando graznidos, para morir,
sobre su roca amiga, cuando el ala se rompe...

El poeta de los *collages* urbanos y de los heroísmos contestatarios, de Bolívar al Che, se ha convertido en un romántico baudeleriano que ve agonizar el universo. Si bien intenta pintar su tránsito con la paleta clásica hay en realidad la imprecación y el grito del ángel caído. Su pozo negro es el olvido. El feroz trabajo por extraer de la memoria figuras fragmentarias que den a sus versos el calor juvenil que éstos aun añoran, como un reino perdido. La máscara de la sabiduría, de que hablaba Valencia Goelkel al

referirse a su anterior libro, es apenas la soledad de quien lucha por no perder las fugaces, frías y fantasmales presencias que aun lo habitan.

Darío Jaramillo Agudelo (1947), en esta década que revisamos, ha estado singularmente prolífico. Además de su trabajo como novelista, su poesía registra dos nuevos libros: *Del ojo a la lengua* (1995) y *Bogotá mía* (1998) y por lo menos dos antologías que incorporan nuevos poemas, hasta ahora no incluidos en ningún libro: *127 poemas* (1999) y *Aunque es de noche* aparecida en España en 1999, en Pre-Textos. El primero de los mencionados son textos para acompañar los grabados de Juan Antonio Roda (1928) y en ese tránsito de la visión a la palabra la función ancilar de la escritura cobra una repentina autonomía. Se erige en una suerte de ritual laico donde la materia, en su expresión más rotunda –la piedra– le permite edificar todo un sistema interpretativo del mundo, en su discreto silencio, en su tautología, en lo que en definitiva la piedra perdurable hace con el hombre efímero: «Edificar el templo sobre piedras, / para que perdure / construirlo con piedras / y colocar una piedra sobre el altar».

En el segundo libro, trece poemas acompañan, como epílogo, las fotografías que Hernán Díaz ha dedicado a la capital del país. Podría pensarse que las habituales referencias literarias o filosóficas a partir de las cuales Jaramillo arma algunos de sus poemas se han visto desplazadas por la imagen o la música. Pero si en realidad los poemas miran a través de la ventana revierten al momento sobre el silencioso delirio con que un solitario, desde la habitación de su hotel, mira un mundo que es espejo del suyo. No la «ciudad de burócratas salvada por los urapanes» sino la ciudad de la noche absoluta: «Arriba el cielo negro / y todos encerrados en sus casas».

Pero desde ese monacal aislamiento, hecho de lucidez y desdén, de manía y repudio, sigue fluyendo el canto: «Cantar por cantar», tal como lo denomina en la secuencia final de sus *127 poemas*. Como lo señala Claudio Magris en «Utopía y desencanto»: «El desencanto es un oxímoron, una contradicción que el intelecto no puede resolver y que sólo la poesía puede expresar y custodiar, porque dice que el encanto no existe pero sugiere, con el tono y en el modo como lo dice, que, a pesar de todo, lo hay y puede aparecer cuando menos se lo espera», para concluir: «solamente la poesía puede representar las contradicciones sin resolverlas conceptualmente, sino componiendo una unidad superior, elusiva y musical». Ese vacío feliz, ese centro inaccesible y sin deseos, que busca quizá reflexiva y conceptualmente, pero al cual la marejada de la vida siempre está posponiendo con sus sucesivas oleadas de arrebato y caída, de suplicio y dicha.